

por una parte, la de quienes pasan por alto esas incoherencias considerándolas como un asunto “menor” en alguien marcadamente hiper-racionalista; por otra parte, la de aquellos que, exagerando el papel desempeñado por el deseo, silencian la racionalidad de su ética. Vidal Peña toma en serio a Spinoza, por eso lo considera un auténtico filósofo, lo que explica que no haya renunciado a la razón pero que tampoco se haya conformado con un frío y formal geometrismo. Lo relevante es, a sus ojos, la reunión de razón y deseo, que indica que Spinoza fue un “ironista objetivo”, un pensador dialéctico que descubrió junto a las rigurosas cadenas deductivas las excepciones y omisiones propias de toda experiencia vital concreta y contextualizada. La vida vivida.

Si con este precioso trabajo Vidal Peña se propone como un pionero de la afectividad en Spinoza –cuando esta temática no se había puesto aún de moda entre los estudiosos españoles-, los otros tres ensayos sitúan al lector en el terreno arduo de la ontología, plano muy querido por él, con el propósito de examinar la compatibilidad entre la ontología materialista y el marco jurídico, la coherencia de la ontología spinozista con su teoría política, así como también para revisar las categorías de *Causa sui*, Sustancia y Dios. Todos estos trabajos, como muy bien sabe el estudioso del spinozismo, constituyen una referencia bibliográfica de primer orden.

Centrando nuestra atención en el primero de los ensayos del volumen: «Espinosa: Orden geométrico y alegría» (1985), vemos que en diferentes lugares de la *Ética* destacan dos tesis que, tomadas en conjunto, suponen cierto balanceo en el filósofo moderno. Una es la idea de que el conocimiento brota de los afectos, la otra es que los afectos acompañan al conocimiento. Entonces, si desde una perspectiva intelectualista, el conocimiento racional ha de buscar la purificación de las pasiones; desde un plano anti-intelectualista o realista, son los afectos activos los que han de procurar a la razón un soporte firme. Esta aporética situación responde a la noción spinozista de afecto, según la cual se trata de una modificación del *conatus* y al mismo tiempo de una idea de ello, con el añadido de una valoración que colorea o tiñe de sentimiento el conocimiento.

Por lo que a la alegría (*laetitia*) se refiere, Spinoza la define con precisión en cuanto concepto y

la deduce rigurosamente de las cadenas de nociones ya demostradas; mas –como hecho psíquico– la alegría remite inexorablemente a una pluralidad de contextos diferentes en los que es experimentada y vivida. De ahí los interrogantes críticos de Vidal Peña: ¿Es la alegría sólo un constructo geométrico o se trata más bien de un afecto espontáneo? Otro tanto cabría plantearse a propósito de la *tristitia* y de los restantes afectos. Y si la alegría es el signo del paso del hombre a una perfección mayor, ¿podría ser tomada como criterio moral? Vidal Peña razona y argumenta. Y apoya su interpretación en los lazos que unen alegría e imaginación –toda vez que no toda alegría es verdadera-. Después justifica que incluso los deseos que brotan de la razón pueden ser también vencidos por otros deseos más fuertes, y que no toda alegría individual está permitida en la Ciudad. De ahí su recomendación de moderar ciertas interpretaciones hiperbólicas acerca del papel del deseo en la filosofía de Spinoza. El deseo es la esencia del hombre, sí; pero no hay que olvidar que lo más útil y deseable es sin duda la actividad razonable: «...en la geometría afectiva de Espinosa, los afectos son “eso que experimentamos cuando se dan las circunstancias x y o z”, pero lo que se entiende son tales circunstancias y su unión en el concepto del afecto, y lo que se sobreentiende o se supone (pero no se prueba ni seguramente puede probarse) es eso que experimentamos, porque “eso” ya no es materia del orden geométrico» (p. 53).

Gustavo Bueno ha dicho que Vidal Peña puede ser considerado como “el verdadero prototipo de escéptico, siempre en epojé, poniendo todo entre paréntesis”. El lector del volumen tendrá ocasión de juzgar por sí mismo acerca de la pertinencia de este comentario.

María Luisa DE LA CÁMARA

ROBredo, Jean-François: *Suis-je libre? Désir, nécessité et liberté chez Spinoza*, Paris, Éditions Les Belles Letres, 2015, 100 p.

En este breve libro, conciso y claro, el autor se enfrenta al problema nuclear de la comprensión e interpretación de la filosofía de Spinoza, a saber, cómo articular una ética, es decir un conjunto de principios de comportamiento y pautas de acción,

en un universo rígidamente determinista, donde no hay libre albedrío ni somos origen voluntario de nuestros actos. Si todo sucede con una necesidad inexorable, si nuestra conducta no arroja jamás un atisbo de libertad ¿tiene sentido todavía una ética? ¿Acaso somos responsables de algo cuando todo está determinado por un férreo concurso de causas independientes, frente a las que nada podemos? El autor muestra que el determinismo de Spinoza no cercena la posibilidad de una moral ni nos reduce al nivel de las bestias.

Para entender estas cuestiones y arrojar luz sobre la oscuridad inicial, el autor propone partir del concepto de *deseo*. Éste constituye el éter de nuestra existencia. No es un punto de partida, ni un resto de naturaleza biológica que podemos soñar con superar o reducir; es la esencia misma de lo que somos. Y el deseo lo que reclama es perseverar en el ser. El deseo es el *conatus* mismo de nuestra existencia. De él no hay escapatoria. Ahora bien, básicamente hay dos formas de vivir el impulso desiderativo que somos. Por un lado, podemos mantenernos en la ignorancia de la causalidad que rige toda la naturaleza; y podemos creer así, desde la más absoluta confusión, que nuestro desear es libre y que puede proponerse metas y objetivos seleccionados por nuestro presunto libre arbitrio. O podemos iniciar el camino de la sabiduría y reconocer la rígida determinación de nuestro *conatus*. Entonces admitiremos que ya no somos libres de elegir o de proponernos fines, sino que nos estamos sometidos a la legalidad absoluta que rige la naturaleza, incluida la nuestra. Entonces desecharemos todos esos absurdos que llenan la cabeza de los hombres y los entregan al fanatismo y la estupidez: el libre arbitrio, las causas finales, los deseos voluntariamente escogidos.

No se trata de eludir el deseo que somos, sino de aprender a conocer su esencia. Esta discriminación cognoscitiva es el comienzo de la sabiduría y nos proporciona, en opinión de Spinoza, según el autor, ese margen de autodominio y autonomía que podemos llamar quizá todavía libertad, siempre que concibamos ésta ya no como un principio subjetivo de elección no determinista, sino como aceptación del ser que somos. La problemática de la libertad individual del hombre se sitúa, según el autor, en la tensión problemática de concebir la libertad sin defender el libre arbitrio, y afirmar la necesidad sin caer en el fatalismo (p. 14). A escla-

recer estas cuestiones se dedica la primera parte del libro.

La segunda se centra en la cuestión de la libertad social y política. Dado que el hombre no vive aislado, dado que su naturaleza es esencialmente social, no basta con esclarecer el comportamiento individual y aislado de una sola persona; hay que establecer pautas para la vida en común. Para ello, el hombre no necesita de más guía que la proporcionada por su razón. “Una buena organización política es la que se funda en los principios de la razón pues universaliza lo útil, no de forma arbitraria y autoritaria, sino necesaria y liberadora” (p. 15). De nuevo se trata, pues, de reconocer la necesidad que nos atraviesa como principio de liberación.

Lo que se opone a este feliz reconocimiento es el predominio en el hombre de las pasiones. Si en el hombre no imperara sino la razón, entonces el problema de la administración de la vida social estaría resuelto antes incluso de plantearse. Pero, además de razón, el hombre es también un nudo de pasiones. Y éstas, en principio, son reacias al control directo de la razón. Es preciso entonces hacer valer unas pasiones contra otras, porque un afecto poderoso no puede ser reducido o controlado sino por otro afecto igualmente fuerte. Una razón desvinculada y fría poco puede hacer contra ese fondo pulsional de la pasión que no reconoce otro límite que el que otra pasión le impone. Este juego complicado entre libertad y determinismo, entre pasión y razón, entre conocimiento de sí e ignorancia, es lo que debe administrarse cuidadosamente para configurar una sociedad estable y humana. La segunda parte del libro elabora la filigrana de esta complicada arquitectura.

Como dijimos al comienzo, el texto reseñado pretende ser claro, directo y accesible. El autor maneja casi exclusivamente ideas del propio Spinoza, sin entrar en debates interpretativos con otros estudiosos. No hay en el libro debate filológico con especialistas ni un catálogo de las respuestas que a estas cuestiones podemos encontrar en la abundante bibliografía spinozista. El autor se dirige directamente a los textos del propio Spinoza y son ellos los que determinan su reflexión.

Pedro ROJAS